

ESTUDIOS DEL PATRIMONIO CULTURAL

12

octubre 2014

FLAUTAS
DE PAN

OBJETO
Y PATRIMONIO

EL MUSEO DE
PALENZUELA

LA RED DE VILLAS
ROMANAS
DE HISPANIA

LA LUZ
DE LIMA

ALFARES
VALLISOLETANOS

LA CASA
DE LA RIBERA

QUINCE AÑOS CON
MARIANO
Y TOMASA,
MORADORES DE LA
CASA DE LA RIBERA
DE PEÑAFIEL

Magdalena Alejo Calzada | Actriz y periodista

Palabras clave: Casa de la Ribera, museo, etnografía, Peñafiel.



«Comienzo, dame el albañal», así empieza el pase para los actores y la guía de la Casa- Museo de la Ribera de Peñafiel, en la provincia de Valladolid. Un museo etnográfico que este año cumple quince desde su inauguración.

En este proyecto confluyen dos términos: uno el museístico y otro el teatral. Si comenzamos por el primero, este se ubica en el corazón de la Denominación de Origen Ribera de Duero, a orillas de este río surge un propósito de acercar la etnografía, las costumbres y tradiciones de una manera diferente a la conocida hasta el momento. No se trata de hacer un contenedor de arte, de utensilios donde el visitante de una manera más o menos pasiva circule por un edificio haciéndose una idea de la vida a principios del siglo pasado. Nada más lejos de la realidad. Quien se acerca a esta casa se adentra en el juego de participar en un viaje en el tiempo que le conducirá por una experiencia sensorial, ancestral, para encontrarse con sus antepasados.

El visitante que acude hasta el edificio es protagonista en primera persona de la visita a la casa, el museo cobra vida gracias a que el público participa en el pase. Claro que hay un trasfondo museístico, estamos en un museo, pero el visitante que busque arte que contemplar sin más, se equivoca de sitio. La intervención museística llevada a cabo con esmero, dedicación y amor, ha conseguido que este museo sea materia viva en su interior. La persona que guiará el recorrido, en el zaguán, recibe a las visitas que ya pueden empezar a disfrutar de la sensorialidad del lugar por medio de elementos tales como el agua que corre por el albañal, el olor que desprende la entrada, la luz acogedora y hasta el panel explicativo que, a modo de cuadro más o menos decorativo, cuelga en una de las paredes y ubica al recién llegado.

La invitación de la guía de manera directa para participar en este juego dramático comienza con la petición de que los visitantes apaguen el móvil, eviten fotos y se trasladen mentalmente a la década de 1910 aproximadamente, fecha donde transcurre la visita. De entrada, el público tiene que querer participar de esta premisa para después poder disfrutar del viaje en la representación.



Luego llega la fluidez por la casa, la taberna, la cuadra o el lagar, como espacios del hombre, y la sala o la cocina, como espacios de la mujer; el desván, donde se reserva la matanza y habitan los fantasmas de algún antepasado que se fue dejando cuentas pendientes..., pero eso es otra historia.

Un recorrido cargado de recuerdos para el visitante donde afloran vivencias de la infancia en muchos casos, varios son los que comentan: *esto estaba en casa de mi abuela; me recuerda a la casa de mis abuelos; esto me lo contó mi madre*. La melancolía, la nostalgia, el recuerdo de lo pasado entenece al público, hasta el extremo de que personas mayores que en muchas casos han vivido lo que aquí se cuenta aflojan alguna lágrima o esbozo de ella mientras sonríen tiernamente por el tiempo pasado.

Los objetos que habitan la casa —muebles, ropa, cuadros, todos ellos cuidados y tratados con mimo—, reflejan la ingente labor de documentación que se ha llevado a cabo y también nos cuenta la selección previa que se ha tenido que hacer del material; qué elegir para cada estancia, qué coger, qué mostrar que sea significativo, qué dejar en las vitrinas sin que vea la luz, la parte más dolorosa sin duda para un documentalista; la elección del material.

El olor de cada habitación, la luz, son elementos que ayudan a potenciar los momentos del pase, una hora aproximadamente cargada de simbolismo, tradición que invita a una segunda visita para fijarse en todo lo que no dio tiempo en la primera.

Si nos centramos en el aspecto teatral nos encontramos con el matrimonio, Mariano y Tomasa, como moradores del lugar donde por medio de su actitud, forma de recibir al visitante, vocabulario y maneras de comportarse nos hacemos a la idea de cómo eran las personas a principios del siglo pasado. En algunos aspectos nos sorprendemos por lo poco que hemos evolucionado y en otros por lo mucho que hemos cambiado.

Un trabajo actoral que implica la creación de un personaje, con las herramientas actorales que los profesionales de la escena que encarnan a esta pareja tienen que tener y un componente de improvisación, de intuición muy alto. Cada pase es un espectáculo diferente al anterior; los actores tienen un guión marcado donde saben qué deben explicar de la casa, qué deben decir, pero hay un tiempo otorgado a la improvisación y al azar del momento que hace más rico el recorrido. Cada grupo es diferente, único e intransferible. Grupos concertados de excursiones, despedidas de soltero, familias con niños, asociaciones de sordos, de colegios o de jueces, turistas despistados o algunos que han sido aconsejados por amigos: *si vas a Peñafiel no te olvides de ir donde el Mariano y la Tomasa, a La Casa de la Ribera y dales recuerdos*.

Personas de todos los rincones de España han llegado hasta este espacio, por supuesto, pero también de multitud de nacionalidades, países con traductores, sin traductores, La Casa de la Ribera es visitada por



cuantas personas quieren saber de su pasado, para vivir el presente sabiendo que serán futuro. Necesitamos saber de dónde venimos para saber adónde vamos.

Un pase teatralizado donde los actores no salen a saludar, son moradores que vuelven a sus quehaceres. «¿Son actores o son de verdad?», no es la primera vez que alguien del público hace esta pregunta a la guía, quizá para averiguarlo debamos acudir un día a uno de sus pases. Los sábados tienen a las 12:00 h, 13:00 h, 17:00 h, 18:00 h, y 19:30 h, y el domingo los pases de la mañana. No hay saludos pero si aplausos, en más de una ocasión el público agradecido rompe con un palmoteo hacia los actores que, ausentes, escuchan la música de agradecimiento del colectivo que termina la visita: «hasta pronto» dicen muchos, «volveremos», es el mejor piropo que se puede expresar hacia un lugar, el sentimiento de querer regresar antes de estar marchándose.

En estos quince años el museo ha ido evolucionando y el trabajo de los actores también. Dos de ellos llevan todo este tiempo “habitando” en la casa, Félix Muñoz y Magdalena Moreda, dando forma a este matrimonio, el Mariano y la Tomasa. Quince años donde poder recrear un personaje; nos parece atractivo y nos seduce la idea de los actores de Katakali de India o de la Ópera de Pekín, actores que están toda la vida perfeccionando un personaje, el ejemplo castellano es este. Quince años recreando, amando un personaje, dando vida a unos moradores de una casa, invocando su figura para hacer las delicias del turista que llega a Peñafiel buscando un museo que no es un museo, es algo más.

En la creación del personaje estos actores se han podido dar el gusto de realizar sus pequeños homenajes a sus familiares, quizá buscando una forma de hablar o de andar y de hacer del abuelo, del tío o de la vecina que se pasaba el día en la casa familiar siendo parte de la misma. Castellanos recios, honrados de corazón, con aparente carácter tosco pero de un gran generosidad una vez conocidos.

Un trabajo de improvisación teatral que siempre está en la cuerda floja, atento a lo que cada grupo da o quiere escuchar, o para poder responder la pregunta o comentario espontáneo del aforo. Cuando termina la visita siempre se acaba con más personas en esta familia de las que empezaron: Mariano ha solicitado a algún joven para que vaya de mozo en vendimia o para ayudar a las labores vitícolas, y Tomasa, por su parte, ha quedado con alguna mujer para coser por las tardes mientras echan una parlada.

La casa posee la modalidad de los pases de diario, cuando vecinas de la localidad de Peñafiel, formadas en la actuación, hacen las veces de moradoras de la casa: en este caso son Tomasa y su hermana Paca las encargadas de enseñar el sitio. Y si los visitantes son colegios, el desván se convierte en una estancia para contar historias sorprendentes, a veces escalofriantes, donde los más pequeños descubren como se vivía allá por un siglo que muchos de ellos no saben ni escribir.



El Museo Casa de la Ribera se encuentra en una zona donde la oferta museística es muy amplia: museos locales o regionales dedicados a divulgar la riqueza de la Ribera de Duero, los primeros pobladores, la tradición del vino, hallazgos arqueológicos, etc. No podemos olvidar que Castilla y León es una de las regiones de España con mayor patrimonio cultural, ciudades patrimonio mundial y recursos artísticos, sin explotar en muchos casos. Un atractivo turístico fuente de riqueza económica, aunque no solo, pues igual de importante es la riqueza cultural o social, sensorial o histórica. La cultura, prestigio de una sociedad, rebosa en cualquier rincón de esta región.

En época de crisis como esta que estamos viviendo no podemos dejar de lado algunas cosas que tan buenos momentos y beneficios ha dado, beneficios no solo económicos, la cultura una vez más no se debe medir solo por el montante que deja en la arcas del municipio sino por otras varas. Peñafiel está en el mapa, en cierta medida, porque actividades museísticas como esta que comento han engrandecido a la localidad, ligada la cultura del vino a otros fenómenos culturales también atractivos para el turista que recalca en la zona.

Por esta razón, esta Casa-Museo se merece un trato correcto en las guías turísticas y es que no siempre se localiza correctamente su ubicación, en otras ocasiones es difícil encontrar información suficiente sobre el museo, obviándose en algún panel informativo de la propia zona de Ribera o no pudiéndose beneficiar de descuentos y ofertas que sí ofrecen otros museos. Todo lo que la Casa de la Ribera da debería ser en igual medida devuelto con generosidad: a una actividad que se vende sola por su gran atractivo y su alto componente de calidad museística y artística no se le puede por eso sacar de ofertas turísticas, hay que cuidar lo que se tiene; como el vino en la bodega envejece con el tiempo y con la atención debida para que no se mal forme, así ocurre con el resto. Iniciativas como la pulsera Ribera Friendly ha paliado esa competencia desleal, pulsera con la cual puedes acceder a todos los museos del municipio.

Otras propuestas llevadas a cabo en la Casa han sido los paseos nocturnos, con el afán de atraer turistas a la zona para aumentar las pernoctaciones en el pueblo, unos paseos fallidos: no por falta de interés, no por desdén de los trabajadores del museo, sino quién sabe por qué... Quizá más adelante se puedan retomar y mostrar la vida nocturna en la Castilla de entonces.

Han pasado quince años, pero son los primeros, y detrás de este museo hay muchas personas, algunas anónimas, todas las que cedieron sus objetos, subieron a los desvanes o bajaron a la bodega a desenterrar parte de su historia personal para cederla o donarla al museo, estas gentes aparecen nombradas en los cuadros diseminados por las estancias de la casa. Pero hay otras personas, desde José Luis Alonso Ponga, de la Universidad de Valladolid, que vio claro la realización de este sueño; SERCAM, S. C. con Alicia Gómez

Mariano y Tomasa son parte del lugar como lo puede ser el castillo, la Torre del Reloj o la plaza del Coso.

Pérez a la cabeza, como la empresa que elaboró todo el montante de la intervención museística; Cruz García Casado que llevó a cabo la teatralización, previa realización de un intensivo trabajo de campo en la comarca hurgando entre lo que hoy da en llamarse patrimonio inmaterial; los alcaldes de Peñafiel con Félix Ángel Martín primero y Roberto Diez después, Benito como Concejal de Turismo cuando se estrenó todo; las guías M^a Jesús, ya jubilada, Roberto en los inicios y ahora M^a Carmen y Charo; pero también los electricistas, carpinteros, albañiles... Otros actores que pasaron por la casa; Raúl, Pablo, Charo, Ana, Esteban, Nerea, Dani—que sigue en la actualidad—, o las mujeres que a diario trabajan o trabajaron en la Casa: Margarida, Loli, Angelines, Carmina y Rosario. El panadero, el vinatero, Inés en la oficina de turismo, Mercedes en el ayuntamiento y tantos otros que hacen o han hecho posible que este Museo siga funcionando. ¿Cómo se contabilizan los sueños que se hacen realidad? ¿Los minutos agradables que se hacen pasar? ¿ Los recuerdos que traes a la memoria de la gente? No figura en ningún PIB, pero es riqueza, riqueza de la buena.

Solo se puede valorar como necesaria una iniciativa de estas características donde se une cultura con entretenimiento; diversión con historia; teatro con museo, saber con estar, conocimiento con cercanía. Tras quine años, la cantidad de público que ha visitado la Casa, abierta todo el año menos las navidades, es extensa. Con un continuo flujo de personas interesadas en los pases que se realizan, aprecio por parte de los ciudadanos de Peñafiel y su comarca; todos los que han querido han podido visitar tan singular casa cuando se organizaron las puertas abiertas, allá por sus inicios, para que dieran su opinión sobre la misma. Pasear los actores por las calles del municipio supone saludar como Mariano y Tomasa, son parte del lugar como lo puede ser el castillo, la Torre del Reloj o la plaza del Coso. En 2013 se conmemoró el milenario del Fuero otorgado a Peñafiel por el conde don Sancho y el encargado de amenizar el evento preparado para la ocasión fue este matrimonio, que si no es milenario, sí es parte de la memoria colectiva de la Ribera de Duero.

Quince años, y que cumplas muchos más. •